

con mucha frialdad de Blinvil, que se retiró sin acompañarlos, y Leonardo se vió segunda vez separado de aquella morada, donde dejaba el amor, la tristeza y la constancia en Eugenia, cuyo trato llevaba consigo, creyéndose por esto ménos desventurado.

Estando en el coche, manifestó el duque á Leonardo toda su cólera, largo tiempo reprimida. Le habia dicho el mismo Blinvil que su hijo amaba ciegamente á Eugenia, y que era igualmente correspondido, sobre lo cual altercaron ambos padres, y se hicieron severas reflexiones, mostrando el duque á Blinvil la diferencia de clases que mediaba entre los dos. Mandó á su hijo que se desprendiese de un amor sin esperanza, si no queria incurrir en su maldicion, y padecer los terribles castigos que un padre irritado tiene derecho de imponer á un hijo rebelde. Ni los ruegos ardientes ni las lágrimas amargas del jóven, hicieron mella en aquel corazon endurecido por el orgullo; y el triste Leonardo no podia interponer mas mediadores que su desesperacion.

Apénas llegaron al castillo, fué Doctorin á ver á su discípulo; y le halló en su cuarto haciendo los mayores extremos de sentimiento. El preceptor queria consolar al amante de Eugenia; y este solo contestaba que le dejase abreviar sus dias, ya que no podia disfrutarlos al lado de Eugenia. Aprovechándose aquel malvado hipócrita de esta disposicion, le dijo: Vaya, hijo mio: no hay para qué desesperarse; yo mismo pondré á Eugenia en vuestro poder. — ¿ Vos, mi respetable y tierno amigo? ¡ Ah! ¡ os deberia mas que la vida! — Solo consiste en vos el veros reunido desde esta misma noche con Eugenia. — ¿ En mí solo consiste? — Sí; pero ántes debo saber si sois capaz de hacer por ella los mayores sacrificios. — De todo soy capaz, no lo dudéis; hablad sin reserva. — Pues voy á descubrirlos un secreto que hasta ahora no ha salido de mi corazon. Vos amáis á Eugenia, y yo á vuestra bellissima hermana Matilde. Conozco que por ningun respecto puedo considerarme digno de la hija del duque de Asfeld; pero vos sabéis mejor que nadie lo que es amor, y que el que se halla poseido de esta pasion no repara en clases ni conveniencias: ¿ no lo experimentáis vos mismo, que ardéis por una jóven de clase tan inferior á la vuestra? luego no podéis ofenderos de mi pasion; y solo debéis compadecer mi estado como yo compadezco el vuestro, y servirme con el mismo empeño que yo deseo servirlos. Unamos nuestros intereses; y una misma precision dirija nuestras acciones, inspirándonos en nuestros ánimos ingenio é intrepidez. Á punto de média noche, bajo cualquier pretexto,

conducid á Matilde al jardin, hácia la puerta que sale al monte: yo tendré apostadas gentes de mi confianza, y prevenido un coche en el cual hallaréis á Eugenia. — ¡ Cielos! — No lo dudéis: en el coche hallaréis á vuestra amada: yo me encargo de todo. ¡ Considerad cuál será nuestra dicha! los cuatro nos casaremos de secreto; y cuando ya no haya remedio, será preciso que el duque apruebe unos vínculos contraidos por sus hijos, ó que muera léjos de ellos... ¿ No me respondéis? ¿ tendréis tambien preocupaciones? — No; pero tengo rectas costumbres y delicadeza. — ¡ Costumbres y delicadeza! ¿ y qué sirve todo eso cuando uno está enamorado? — ¡ Perverso!..... — ¡ Cómo! — ¿ Y has tenido valor para confiarme un proyecto sugerido por el mismo inferno, en el que veo el deshonor de toda mi familia, y la muerte de un padre desdichado? Sabe que tengo demasiada virtud para acceder á tan indignos pensamientos. Huye de mi presencia; huye, y teme que yo revele á tu bienhechor el modo vil con que correspondes á sus bondades y confianza. — ¿ Qué oigo? ¿ podria yo imaginar que el orgullo del hijo igualase á la vanidad del padre? — Apártate, miserable; no esperes que esta pistola te quite una vida, manchada sin duda con todos los delitos, pues has sido capaz de concebir uno tan execrable. — Jóven inconsiderado, modera ese tono, que no te conviene; y sabe que si haces un solo ademán, si dices una sola palabra del proyecto que neciamente te he confiado, puedo perderte á ti, á Eugenia, y tambien á tu mismo padre.

Como Leonardo era vivo, arrebatado, no pudo oír las amenazas de este malvado sin concebir una indignacion tan poderosa, que le obligó á tirarle un pistoletazo. Por desgracia no hirió á Doctorin, el cual salió inmediatamente del cuarto, gritando *¡ que me matan! que me asesinan!* Toda la casa se conturbó; y al estuendo de la pistola y de las voces, acudieron precipitadamente al cuarto de Leonardo. Volvió el mismo Doctorin á entrar en él precedido del duque, el cual, hallando á su hijo con la pistola en la mano, no dudó de que habia querido asesinar á su preceptor, quien inmediatamente exclamó: ¿ En qué te he ofendido, jóven deslumbrado? ¿ porque te represento que quieres hacer infeliz á tan buen padre; porque te doy unos consejos tan propios de mi prudencia, y del celo con que atiendo á tu educacion; y en fin, porque te manifiesto la bajeza é infamia de tus pensamientos, quieres asesinarme? ¿ así te atreves á tu maestro, á un hombre tímido y sin defensa? ¿ tal recompensa merecen mis desvelos?

Leonardo, fuera de sí, quiso vengarse de este nuevo rasgo de perfidia, pero le detuvo su mismo padre, y mandó que al instante se le encerrase en la mas retirada torre del castillo. Doctorin cometió nueva vileza, insultando la desgracia del jóven, pidiendo su perdon de esta manera : No, señor, dijo, no señor : os suplico que no sea preso por mi causa, ó me obligaréis á dejar la casa. Pero el irritado anciano no cedió; y el pobre Leonardor, sin permitirle disculparse, fué conducido á la indicada torre. Doctorin, despues de haber explicado á su modo los motivos del arrebató de Leonardo, se retiró á su cuarto á meditar los medios de arruinar á toda esta familia que aborrecia.

Su perversidad era tan refinada, que no se contentaba sino con una venganza extraordinaria y terrible, y despues de una larga meditacion se fué á casa de Blinvil, que á la sazón se hallaba ausente. El traidor sobornó y ganó la confianza de un criado, de quien supo que Blinvil, cansado del amor y excesivos sentimientos de Eugenia, habia resuelto ponerla en un convento, y privarse de una hija á quien adoraba, pero que ahora era causa de su desdicha. Á las cuatro de la mañana siguiente, este padre desconsolado debia marchar á encerrar á Eugenia en un convento de monjas, distante tres leguas. Doctorin formó al instante su plan, y se condujo del modo siguiente para llevar á efecto la mas horrible venganza.

Entre tanto que el triste Leonardo lloraba sus males esperando que su padre le concediese ocasion de manifestar los indignos pensamientos de aquel pérfido; y miéntras que examinaba las paredes de la casa paterna, convertida para él en un sombrío y lúgubre calabozo, la noche desplegaba sobre la tierra sus negras alas, encubridoras de los mayores crímenes. El jóven, que solo pensaba en su padre y en su amada, oyó todas las horas de aquella terrible noche; y apénas dieron las tres, cuando sintió abrir la puerta de su prision; y se le presentó Bernardo, criado de Blinvil. ¿Qué es esto, Bernardo? le dijo : ¿ cómo has podido llegar hasta aquí? — El amor lo consigue todo. Apénas ha sabido a señorita, no sé cómo, que os hallabais preso, me ha enviado á ver si podia favoreceros, porque conoce que soy muy á propósito para cualquiera invencion. Así es que he emborrachado al que tenia las llaves de esta prision. — ¿ Y para qué — ¡ Bien por cierto! para que marchéis al instante... — ¿ Adónde? — Á impedir el sacrificio de la señorita. — ¿ Su sacrificio? — Sí, señor; dentro de una hora la sacaré de su casa..... — ¿ Quién? — Quien

ménos creeriais, el señor Doctorin. — ¿ Cómo? — Solo puedo decir que á las cuatro de la mañana la llevará á un convento con órden de su padre, que está gravemente enfermo; y que la señorita teme que las ideas de este hombre sean muy peligrosas á su honor, porque ántes de ahora la ha requerido de amores..... — ¿ Qué dices? — Lo que ella me ha dicho precipitadamente, añadiendo que no se ha atrevido á participar á su padre estos recelos, porque los creará pretextos para evitar su reclusion, y..... — Basta : todo lo comprendo : vamos ; ese pérfido... le arrancaré el corazon.

Bien conocia Doctorin que el genio precipitado de Leonardo no le permitiria reflexionar; y en efecto, este jóven, sin mas informacion ni exámen se armó con unas pistolas que le habia traído Bernardo, á quien siguió hasta la puerta del castillo sin hallar el menor obstáculo. Luego que se hallaron en el campo, tomaron los caballos, prevenidos tambien por Bernardo, y fueron á apostarse en el camino por donde precisamente habia de pasar el coche en que iban Blinvil y su hija, y que apareció á breve rato. Hacia frio, y Blinvil se habia cubierto la cabeza con un pañuelo; lo que juntamente con la dudosa luz del alba que empezaba á rayar, dió ocasion á Leonardo para creer que era Doctorin; y ciego de cólera se acercó á la portezuela del coche, y dijo : Traidor, entrégame á Eugenia, ó eres muerto.

Eugenia dió un grito, y se desmayó : Blinvil se asomó á la portezuela, como para reconocer quién le hablaba; y el imprudente Leonardo le tiró un pistoletazo, que le penetró las sienes, y cayó sobre su hija inundándola con su sangre. Leonardo se disponia á apoderarse de Eugenia, cuando un nuevo incidente frustró su resolucion. Apénas sonó el tiro aparecieron várias personas, entre ellas el duque y el mismo Doctorin, el cual dijo al duque : No os adelantéis, señor, porque el bárbaro que ha asesinado al padre de Eugenia, será capaz de toda maldad. En tanto, el pérfido Bernardo se acercaba á hablar á Doctorin, y este fingiendo recelo de alguna traicion, exclamó : ¡ Miserable y vil cómplice de ese malvado ! ¿ qué intentas ? y diciendo esto, le disparó una pistola, y le mató, sepultando con su muerte su secreto. Considerad cuál sería el estado del infeliz Leonardo, que habia muerto al padre de su amada, la cual nunca podria ya mirarle sino como un vil asesino. Su padre le llenaba de improperios y maldiciones. ¿ Qué haria el infeliz Leonardo? ¿ abandonaria á Eugenia, que afortunadamente todavía estaba desmayada, y que no volveria en sí

sino para ver á su padre asesinado y detestar al autor de tan atroz delito? Ya estaba perdido Leonardo; conocia que le odiarian un padre, su amada, en una palabra, que nada le faltaba que perder. En esta persuasion, tomó un partido desesperado. Todavía estaba sobre el caballo, que era excelente; le arrimó las espuelas, y desapareció de la vista de todos los testigos de su crimen. En vano clamaba el duque, y en vano envió tras de él á un criado; porque el jóven, advirtiéndole que un hombre le seguía, se paró, le esperó, y le amenazó con la muerte si no se retiraba; y el criado, temeroso, volvió á carrera abierta á reunirse con su amo.

Miéntas que el duque, Doctorin y su acompañamiento conducian el cadáver de Blinvil á su casa y á la infeliz Eugenia, ya vuelta en si, Leonardo corria sin pararse, hasta que al fin del dia su cansancio y el de su caballo le obligaron á detenerse. No le seguiré en su destierro; pues bastará deciros que pasó dos años viajando, sumergido en la mas profunda tristeza, y maldiciendo todos los dias su existencia. Sin embargo, el tedio, la inquietud, el deseo de volver á ver á su padre, y acaso el de arrojarle á los piés de Eugenia, le condujeron al cabo de aquel tiempo á su país. Un criado de Blinvil, que halló por casualidad, le informó de los resultados que habia tenido su crimen: le dijo que Eugenia no existia, pues no habia podido sobrevivir mucho tiempo á su padre, ni á la vergüenza de haber amado á un asesino; que murió acusando á Leonardo, pero que despues de su muerte se habian hecho descubrimientos muy importantes, pues por un papel, hallado en los vestidos del difunto Bernardo, se supo que Doctorin fué el autor de toda aquella trama; y receloso del duque aquel perverso, huyó del castillo, sin que se supiese su paradero; aunque se presumia que, atormentado por los remordimientos, se habria retirado á algun claustro: que el duque todavía conservaba su miserable existencia; que vivia en compañía de Matilde, clamando los dos sin cesar por un hijo y un hermano mas desgraciado que criminal, segun se habia averiguado.

Leonardo, mas entristecido con estas noticias y ardiendo en deseos de vengarse de aquel monstruo que le perdió con tanta iniquidad, resolvió dirigirse á casa de un amigo de su padre para entablar por este medio la reconciliacion.

Con este deseo caminaba á largas jornadas en lo mas crudo del invierno. Una tarde sobrevino una espesísima niebla, la cual, con la distraccion de sus pensamientos, le hizo perder el camino. La noche aumentó su confusion: no sabia qué hacer, y caminaba á

la ventura por entre matas y jarales, cuando despues de un largo espacio se halló al frente de un edificio, que le pareció un monasterio, segun su construccion, y lo creyó habitado, á pesar de las muchas ruinas que le cercaban. Aproximóse á un pórtico, donde halló á un hombre, le preguntó si aquel monasterio estaba habitado, y si le darian hospitalidad por aquella noche. El hombre le contestó que á aquella hora era imposible, porque todos los religiosos estaban recogidos; pero que si queria, él le podia hospedar en un cuarto que le daban como uno de los criados de la labranza. — Me es indiferente, añadió Leonardo, la calidad del cuarto, con tal que esté al abrigo de las voraces fieras, y de los insultos de los bandidos que dicen infestan toda esta comarca. — Siendo así, venid conmigo, que aunque mi habitacion no es cómoda, sobra para que estéis guarecido, y podáis descansar sin cuidado. — Os doy mil gracias; pero decidme, ¿qué fábrica es esta y cómo se halla tan destruida? — Esta, señor, era una antiquísima iglesia parroquial de dos lugares poco distantes, que fueron asolados en otro tiempo por las guerras; quedó por consiguiente abandonada la iglesia, que tiene la advocacion de san Lotario. — ¿Y cómo es que ahora hay religiosos que la sirven? — Hará como diez meses que un santo varon, perseguido por un señor muy poderoso que le acusaba de crímenes que no habia cometido, huyendo de la persecucion vino á este país, cuyo prelado eclesiástico le recogió y amparó, tanto que á sus expensas se reparó un gran pedazo de fábrica, y se construyeron ocho celdillas que ocupan otros tantos monjes gobernados por aquel hombre, que resolvió establecerse aquí para servir á Dios; y á fin de que nunca les falte lo necesario para vivir, se les adjudicaron algunas posesiones pertenecientes á la antigua iglesia. — ¿Y no podré ver á alguno de estos buenos religiosos? — No, señor, todos están recogidos en sus celdas: mañana ántes de partir, podréis oír la misa del prelado de la comunidad... pero ya es tarde; venid conmigo, cenaréis pobremente y descansaréis.

Siguió Leonardo á este hombre, que le hizo atravesar una multitud de escombros; y por fin, llegaron á una celdilla muy sucia, casi sin adorno alguno, en donde nuestro jóven, advirtiéndole varias armas colgadas en las paredes, se estremeció, pues le ocurrió al instante que los supuestos religiosos serian algunos bandidos que se refugiaban en este sitio; y se propuso no dormir, sino estar preparado á la defensa por si le atacaban. Aumentóse su receo al ver que el hombre, cuya traza anunciaba ser un facineroso,

descolgó las armas y se las llevó, dejando a Leonardo encerrado en aquel cuarto, alumbrado con una miserable lamparilla. Aunque conoció tarde su imprudencia, no le abandonó el valor; y como siempre iba bien armado, resolvió matar á aquel hombre á la mas leve accion que le pareciese sospechosa. No tardó en ver verificados sus recelos, pues á cosa de una hora volvió el hombre acompañado de otros dos, y uno de ellos le preguntó : ¿ Sois vos el que ha venido á pedir albergue? — Yo soy. — Pues es forzoso que os sujetéis á la costumbre inviolablemente observada con todos los pasajeros que aquí hospedamos. — ¿ Y cuál es esa costumbre? — La de entregarnos todas las armas. — Yo nunca me despojo de ellas. — Ahora será preciso, pues si no, la violencia... — ¿ Qué es eso de violencia? — Muchos de los que hemos recibido nos han robado, y así... — ¿ Tengo yo traza de ladrón? — No lo extrañéis. Vemos en vos un jóven robusto, é ignoramos quién sois. — Pues me haré conocer. — No necesitamos sino que obedezcáis. En este instante se presentaron otros dos malvados que hicieron la misma intimacion; pero el mancebo persistió en no entregar las armas, y todos le acometieron; mas como la desesperacion redobla las fuerzas, Leonardo se defendia y ofendia á sus contrarios con el mayor esfuerzo, manejando su espada, y amenazando con una pistola que llevaba en la mano izquierda, reservándola para el último apuro, y casi tocaba en él cuando se presentó el jefe de aquellos facinerosos, que les mandó suspender la pelea, cuya órden obedecieron. Leonardo, que reconoció en aquel hombre á Doctorin, le dijo lleno de cólera : Monstruo, ¿ eres tú el jefe de estos asesinos? pues ahora pagarás tus maldades; y disparando contra él la pistola le tendió muerto á sus piés. Viendo esto sus compañeros, y poseidos de rabia, acometieron de nuevo al jóven, que se resistió largo tiempo, aunque mortalmente herido. Al fin cayó á tiempo que se oyó una terrible descarga que atemorizó á aquellos malvados, los cuales sospechando lo que podia ser, dejaron á nuestro infeliz jóven agonizando y bañado en su sangre, y huyeron. Fué el caso que Doctorin, asociado con muchos facinerosos, cometia enormes delitos en la comarca, refugiándose en aquellas ruinas por la noche, y la justicia, que ya los seguia de cerca, se presentó cuando la ocurrencia de Leonardo para acabar de una vez con semejante canalla; cercó las ruinas, y mandó hacer á su gente una descarga á fin de sorprender á los bandidos. Estos, persuadidos de su próximo castigo, y como eran muchos y bien armados, quisieron re-

sistirse entre aquellas medio demolidas paredes; pero de nada les sirvió, pues todos fueron muertos entre las ruinas. En seguida mandó la justicia hacer un reconocimiento, y hallaron el cadáver de Leonardo, que fué conocido por varios papeles que reservaba en su cartera, y juntamente el retrato de Eugenia.

Su desgraciado padre le dió sepultura en la iglesia de su castillo, y tambien murió de allí á poco. En memoria de este suceso, nuestro obispo, que es descendiente de la casa de Asfeld, permitió al hermano Lúcas edificar una capilla dedicada á san Leonardo, sobre las ruinas de la antigua iglesia de san Lotario. De aquí podéis inferir que si la ermita es pequeña, puede tener comunicacion con algun subterráneo, y que... pero tocan á coro : la obediencia no me permite acompañaros por mas tiempo, y pues ya sabéis el origen de la ermita de san Leonardo, continuad vuestro camino; mas si volviereis á ver al hermano Lúcas, no os fieis de su hipocresía.

Dimos las gracias al buen religioso por sus atenciones, y salimos del convento... Pero ya es muy tarde : mañana continuaremos esta historia.